

La velocidad de la narrativa

Casi todos los integrantes de la mesa sobre géneros novelísticos del congreso celebrado el pasado 21 de julio coincidieron en que el estilo de la novela actual está influido (¿intoxicado?, ¿pervertido?, ¿beneficiado?) por las estructuras y formas de la ficción narrativa audiovisual.

Algunos de dichos autores reconocieron incluso haber adaptado su manera de escribir para lograr un ritmo más dinámico y también para “aligerar” o disminuir la densidad de su prosa, dando por sentado que, de todas las facetas que cualquier individuo muestra al enfrentarse a una obra artística o narrativa, es la del telespectador —o tal vez la del internauta— la que predomina sobre el resto.

Dicho de un modo más crudo: parece que el entorno ha podido con nosotros, que la lectura está sufriendo los estragos que ya ha padecido la gastronomía, hasta el punto de que pensamos en producir “novelas rápidas” del mismo modo que en su momento proliferaron los restaurantes de “comida rápida”; por aquello de que hoy se vive al galope, que la gente no tiene tiempo para sentarse a degustar una novela como lo hacía antaño, que el cine y la televisión son una competencia aguerrida y exigente, etcétera, bla bla bla y todo eso.

Creo que, para empezar, convendría no confundir lentitud con aburrimiento ni velocidad con prisa. El ejercicio de la lectura no es más placentero dependiendo de lo rápido o despacio que se ejecute. Leer exige concentración e imaginación, es una actividad —a diferencia de otras disciplinas audiovisuales— que requiere una aportación sustancial de parte del lector para completar todo aquello que la letra impresa no puede mostrarle de forma literal o tangible. Del mismo modo que cuando hablamos de otros placeres mundanos defendemos casi unánimemente la fórmula de “a mayor tiempo, mayor disfrute”, no caigamos en la trampa mercantil (porque es eso, una cuestión de mercado) de dar por bueno e incuestionable eso de que un libro que se lee “de un tirón” es mejor que otro que necesite calma, reposo y paciencia.

El cine y la televisión no son la competencia de la literatura, igual que el vino no es la competencia de la cerveza. Es habitual y lógico que uno prefiera el vino para acompañar las comidas y la cerveza para tomar algo en una terraza o en un bar de noche. Como ya comenté días atrás, el lector, el cinéfilo, el telespectador, el internauta, el melómano y el visitante de museos son figuras compatibles y complementarias en el pellejo de un solo individuo.

Valga como ejemplo de lo absurdo de confrontar unas formas narrativas con otras la experiencia personal que comparto a continuación.

Me pasé un lustro tratando de leer la novela de Richard Yates *Vía Revolucionaria*. El libro estaba agotado en todas las tiendas y descatalogado por los editores. Ni rastro del mismo en librerías de viejo, mercadillos y páginas web prácticamente infalibles, como Iberlibro y similares.

Mi desesperación alcanzaba ya límites peligrosos cuando sucedió el milagro en forma de adaptación cinematográfica. Gracias a la versión que Sam Mendes estrenó en 2009, ahora tenemos la novela de Yates en todas partes, al alcance de cualquier lector.

Para que luego digan. Para que todavía algunos sigan empeñados en enemistar a las letras con las películas y continúen entonando esa sentencia tópica y gratuita, ese rancio axioma que sostiene que “El libro es mucho mejor”, o incluso “El libro *siempre* es mejor”.

Para empezar, cualquier adaptación de una obra literaria para la pantalla se verá siempre beneficiada por un impulso o una renovación de su popularidad (de hecho, en algunos casos es el cine el responsable de que el público conozca por primera vez la existencia de un libro del que hasta entonces nada sabía). En este sentido, la novela siempre gana. Si la película tiene éxito, la reacción positiva tendrá su reflejo en las librerías. Y si la película es un fracaso, no os quepa duda de que siempre se arremeterá contra ella en términos comparativos, acusando al director de no haber sabido reflejar acertadamente el espíritu del texto escrito.

Quienes gustan de despreciar categóricamente cualquier historia filmada a partir de un libro previamente escrito dan la impresión de haber visto tan solo adaptaciones de *best sellers* o novelas muy populares, las cuales, en honor a la verdad, rara vez resultan brillantes. Sin embargo, es evidente que ignoran el hecho crucial de que más de la mitad de las películas que ven están asimismo inspiradas en otros tantos libros que —es de suponer— no han leído. Y algo todavía más importante: centenares o miles de títulos históricos y reconocidos como obras maestras del séptimo arte (*El Padrino*, *La dama de Shanghai*, *Sed de mal*, *La noche del cazador*, *El cartero siempre llama dos veces*, *Vértigo*, *Uno de los nuestros*, *Blade Runner*, *Desayuno con diamantes*, *Mystic River*, *El silencio de un hombre*, *Ladrón de bicicletas*, *El buscavidas...*) son adaptaciones de textos literarios que en muchos casos jamás figurarán en las antologías de los mejores libros o que han sido directamente enterrados bajo el peso del olvido.

En fin. Si todavía hay alguien que sigue pensando que los libros y las películas son enemigos en vez de parientes, lo siento por ellos. Yo he hecho lo que he podido.